

**Y EL SOL SE QUEDÓ DORMIDO
SOBRE EL ADRIÁTICO**



ÁFRICA MESA RUBIO

BIOGRAFÍA

África Mesa Rubio, nace el 3 de noviembre de 1963 en la ciudad de Ceuta y reside en San Fernando, Cádiz. Ha sido maestra de profesión aunque actualmente está jubilada. Desde el 2020 participa en los talleres de creación literaria impartidos por la escritora María Alcantarilla y es en ese momento cuando sus textos comienzan a aparecer en algunas revistas literarias. En 2021 publica su primera obra, *Colmenas para abejas de papel*, una recopilación de cuentos editada por Altolibros. En julio de 2023 gana el X Premio Internacional de Novela Corta de la Fundación Monte de León con *Migraciones*.

Ahora, la Editorial Calla Canalla publica *Y el sol se quedó dormido sobre el Adriático*, una soberbia novela con la que África Mesa se convierte en una de las voces más originales y certeras del panorama literario español.

ÁFRICA MESA RUBIO

Y EL SOL SE QUEDÓ DORMIDO
SOBRE EL ADRIÁTICO



Primera edición: marzo 2026
© de la obra: África Mesa Rubio
© de la edición: Editorial Calla Canalla
www.editorialcallacanalla.es
info@editorialcallacanalla.es
ISBN: 978-84-128140-5-7
Depósito Legal: CA 134-2026
Impresión: Kadmos
Impreso en España

Todos los derechos reservados. No está permitida ninguna forma de reproducción, distribución, comunicación o transformación de esta obra sin autorización previa por escrito por parte de la editorial.

A mis alumnas que inspiraron esta novela,
ingenuas y llenas de sabiduría.

1. La hermana

«Ella es ella más todas las veces que leí / la palabra ella escrita en cualquier texto / más la veces que soñé ella / más sus evocaciones, / diferentes a las mías.», leo en Peri Rossi, madre.

Metemos la cabeza debajo del agua y nos miramos. Ella es un pez de cachetes mofletudos. Un barbo con cara de globo. Yo, un *black-blass* pálido. Sobre la tierra, con el agua resbalando por nuestras piernas, hacemos bolas de barro y nos las lanzamos en una guerra sin rendición. Ella siempre acierta. Pero, con la práctica, yo también golpearé sus muslos. Los juegos del verano se acabarán dando paso al colegio y a las excursiones al campo. En noviembre vamos a por setas. Madre, tu canasto era el más lleno. Las sacabas una a una y nos hacías olerlas, *Fijaos en el color, en la textura. Dadle la vuelta, si tiene poros es el Boletus, pero no todos se comen. Enseñádmelas antes de cogerlas*, nos advertías. La hermana me restregó en los labios una *Amanita phalloides*. *Voy a morirme, voy a morirme*, corrí y grité hasta encontrarte. *Escupe, escupe*. Ella se reía mientras yo lloraba. Me había engañado, era un inofensivo *Coprinus*. *Corre, vamos a ver quién llega antes al río*. Llegó ella y allí encontró a la tortuga. *Toma, te la regalo*, y me entregó mi tesoro.

Todos los años durante el otoño repetíamos las salidas a por setas, sobre todo cuando te hiciste miembro de la asociación micológica. Mi hermana se pegaba a los chicos y yo al hombre aquel que parecía un insecto palo y que sabía más que ninguno del mundo *Fungi*. Se paraba junto a algún ejem-

plar curioso y nos lo describía minuciosamente: *Huele, rompe la carne, tócalo con la punta de la lengua. ¿Tiene pie y sombrero, posee poros o láminas?* Nos separábamos por grupos. Cada una iba detrás de su guía. Nunca coincidíamos, ya teníamos intereses diferentes. Durante una de esas salidas se me ocurrió coleccionar las venenosas, eran las más llamativas, pero lo que más me atraía de ellas era su olor: a tinta, a patata, a plátano, a rábano, a anís, a almendras, a yodo, a pescado, a insecticida, a ajo, a rancio, a podrido, a gas, a guiso de carne, a hierba cortada, a harina, a almendras amargas, a pimienta, a canela, a peras maduras, a narciso, a pepino, a sandía.

Mientras el guía desechaba las peligrosas, yo las guardaba en mi canasto. Al llegar a casa, las ponía a secar sobre un papel en el patio y luego las cortaba en trocitos muy pequeños o las machacaba para conservarlas en tarros. Te acuerdas, madre, cuando me mordió el perro de la vecina. La hermana gritó: *Lo mato, lo mato*. Tú la sujetaste porque de no hacerlo hubiera corrido a patearlo hasta que en sus ojos no quedara ni el más mínimo atisbo de vida. Yo, en cambio, hasta ese día, nunca había odiado a ningún animal, a lo sumo me daban miedo. Ahora pienso que, quizás, todo aquello que una hace sin sentido en un principio, guarde una razón oculta y, un día, se revela para descubrirnos su finalidad, como coleccionar setas tóxicas. Fue un impulso, un rayo, como si toda mi vida hubiera estado consagrada a aniquilar perros rabiosos. Después del mordisco lloré, la hermana me abrazó y me alisó el pelo en un intento de calmar mi dolor. El médico mal cosió diez puntos dejando un pequeño mapa de África en mi gemelo. Volví cojeando, apoyada en la hermana que hizo de muleta. Entré en mi dormitorio, cogí el tarro de las amanitas, introduje una cantidad pequeña de polvo seco en un trozo de chorizo, me encaminé hacia la puerta donde vivía el perro,

deposité el señuelo y me acomodé en el tranquilo de la casa a esperar que saliera y mordiera el cebo. Tardó una hora, veinte minutos y unos cuarenta segundos en hacerlo. El reloj que me habían echado los reyes de una exactitud pulcra marcó en mi historia uno de los acontecimientos más significativos. Disfruté mientras contemplaba cómo, de dos bocados, devoraba el trozo de chorizo. Levantó la cabeza y me miró como si no me conociera de nada. Yo lo miré también y entonces algo ínfimo me pellizcó junto al ombligo. El arrepentimiento tal vez, pero entonces, me enseñó los dientes y ladró en señal de advertencia y la herida me ardió en el gemelo izquierdo. El pellizco de culpa se disolvió. Me quedé en el tranquilo un par de horas más mirando a la puerta cerrada tras la que se había metido el perro. Hasta el día siguiente no tuve noticias de la efectividad del veneno. Tú nos dijiste: *Esta mañana se ha muerto el perro de la vecina, amaneció tieso en su cama*. Entonces, las tres nos reímos.

Madre, esta noche he soñado con ella y ahora algo similar a cientos de lombrices se mueve dentro de mí. Busca la sonoridad de sus pasos, ese atropello de bienestar que producía con su ir y venir y sus juegos en el recreo y los domingos al cine, y a robar naranjas de las huertas y a bañarnos juntas en la bañera y a besarnos por todo el cuerpo y a hacer chispas con las camisetas debajo de las sábanas y a fumar escondidas. No encuentro el sonido de sus palabras y nunca lo encontraré porque su boca se secó y lo peor, dentro de mi tímpano. Cuando mueran estas lombrices que me hurgan a ciegas, envenenarán mi carne. Quizás sea lo que merezco.

Recuerdo que jamás compraba algo sin comprármelo a mí también. Nunca se iba a la calle sin llevarme con ella, ni cuando los chicos la rondaban. *Ella también viene*, les decía.

Dame la mano. Hermana, dame un beso. Métete en mi cama. Toca mis pies de hielo. Hermana, deja que te peine. Tú dibuja un pájaro y yo un cerezo japonés para que se pose o, mejor, dibújame una pecera que parezca un río, con tritones y renacuajos y adelfas, muchas adelfas. No te separes de mí. Te presto mis tacones que así pareces mayor y te llevo a la feria. Vamos a la plaza. Ven, que te pinte los labios.

Y ella era una manzana de azúcar en mi boca.

Recuerdo cómo jugaba conmigo en el colegio y me llevaba a todas partes. No me interesaban los compañeros de clase, solo me apasionaban mis figuritas, los bichos y ella. La hermana dejaba a los otros y me acompañaba a modelar muñecos con cualquier cosa, con hojas, con tapones, con latas. La mayoría de las veces, los maestros los tiraban a la papelera, pero yo volvía a mi tarea sin desánimo. Arte efímero lo llaman ahora. Siempre he sido muy buena reciclando basura y las clases eran tan aburridas. Cuando la hermana dejó el colegio ya empezaba yo a tener algún amigo, recuerdo especialmente al primo Juan. Pasábamos los recreos intercambiando cartas o jugando a crear figuras de arte efímero, aunque a él no se le daba nada bien. Recuerdo que hicimos también un guion para una película con otra de mis nuevas amigas, Inés. Ahora se dedica a dirigir documentales de cine. Ella era la directora. Yo me encargué de la escenografía y de los decorados y a la hermana la incluimos porque se empeñó en participar. Como no podía ensayar en el colegio, le dimos un papel de maniquí. Aparecía en medio del escenario y lo llenaba entero. Esa muñeca pertenecía a la protagonista que había sido costurera en su juventud. A la hermana se le daba muy bien quedarse inmóvil. Decía: *La quietud realza mi belleza de porcelana. Buscaré un kimono, que parezca un maniquí geisha*. El guion se basaba en la historia de esa mujer que se había convertido en ladrona de arte. Cuando la representamos al final de curso, tuvimos un

éxito increíble, sobre todo porque la hermana decidió cobrar vida en medio del escenario y realizar una coreografía como si fuera una bailarina japonesa seduciendo a su amante. A pesar de los ruidosos aplausos, me enfadé con ella por esa improvisación anárquica. Así era ella, hacía lo que le daba la gana.

Luego, el primer año de instituto, a Juan, a Inés y a mí nos ubicaron en distintas clases, pero continuamos haciendo películas durante los recreos y le buscábamos a la hermana algún papel en el que no tuviera que participar en los ensayos. Hacía de estatua, o de transeúnte, o de mujer sentada en un banco. Siempre formaba parte del decorado de los escenarios y siempre acababa siendo la protagonista gracias a sus improvisaciones. Nos presentamos a aquel concurso en el que ganamos un viaje, pero tú no nos dejaste ir.

Luego, ella dejó de ser la hermana. *Nos la han cambiado*, dijiste tú. *Cierra la puerta. Vete, no me molestes*, decía ella. *No puedes venir conmigo. No te metas en mi cama. No huelas mi ropa. ¡Eres imbécil, no entres en mi cuarto! ¡Déjame en paz!* Fue un grito, un portazo, un vaso roto, un calambre, un huevo huero.

2. Madre

De todos tus novios, con el que más me encariñé fue con D. Era portugués. Me encantaba el acento y la forma en que decía: *Muito obrigado*. Aprendí la fórmula y la utilicé a todas horas, y aún hoy se me viene a la lengua y la dejo rodar entre los dientes hasta que me la trago. La primera vez que te visitó en casa, creí que era mi padre, que había venido a vernos. Casi tocaba el marco de la puerta con la cabeza y, con sus dedos, no podía sujetar una aguja, de tan gruesos. Lo acompañábamos a su trabajo. Herraba caballos. Un día me subió en uno de ellos y, cuando fue a coger a la hermana para montarla conmigo, ella le dio una patada y le gritó: *Não me toques, tu não eres mi padre*. Desde ese día la hermana no nos acompañó más. Otra vez que tú no estabas, llamó D. y ella no le abrió la puerta. Me hizo una señal para que me quedara en silencio y cuando se marchó dijo: *Não soporto al cabrón ese*. A ti parecía no importarte porque seguiste con él como si nada. Por esa época, también estabas con E., otro de tus novios. *Me gustan los dos*, decías. Nos divertíamos mucho porque siempre estábamos de un lado para otro. Con D. íbamos al campo y mientras él herraba, nosotras dos paseábamos, recuerdo una finca donde había una cueva con pinturas paleolíticas: una yegua preñada y ciervos y pájaros. Incluso, una tortuga que fue la que más me impresionó. Después que vosotros salisteis de ella, yo permanecí una hora más, dibujando en un cuaderno aquellas figuras y contemplándolas embobada. Ya era aficionada a

inmortalizar con lápices todo lo que veía. Con E. íbamos a la ciudad y nos invitaba a comer marisco y helados. Una vez me compró una sudadera que tenía un dibujo de un delfín y a la hermana le compró otra. Nunca se la puso. Años más tarde, cuando alcancé su talla, volví a disfrutar de ella.

Con tus novios me pasaba igual que a ti, no sabía por cuál de los dos decantarme. Ellos estuvieron cortejándote hasta que pensaron que era hora de que eligieras. E. se retiró del tablero de juego antes. D. permaneció un año más hasta que regresó en busca de una portuguesa que le hiciera hueco en su casa.

Madre, a veces no te quería, no me gustaban tus vestidos largos, ni tus botas de cordones. Yo deseaba una madre que llevara zapatos de tacón y faldas cortas. No te quería cuando llegabas a casa tambaleándote los días de fiestas, o cuando nos gritabas a la hermana y a mí porque no recogíamos el cuarto. Te odiaba cuando me reñías por dejar la ropa fuera del cesto, o porque me había olvidado la leche fuera de la nevera, o porque dejé un rastro de barro en el pasillo, o porque me vestí con la ropa al revés. Te desprecié cuando llegábamos tarde al colegio porque tú te quedabas dormida y, a consecuencia de eso, la maestra me decía que estaba harta de mi impuntualidad. Te odié cuando ibas a la puerta del colegio con la camiseta llena de manchas porque, según tú, no se debía lavar tanto. Te seguí odiando cuando colgaste por toda la casa carteles para recordarme lo que debía hacer: cierra la puerta (en la nevera), mete la ropa sucia en el canasto (sobre la tapa del canasto), ¿llevas los calcetines iguales y la ropa al derecho y la mochila del colegio? (en la puerta de la calle), ¿está la ropa colgada en sus perchas? (en la puerta del armario), ¿has cogido todos los libros? (en la mochila con rotulador).

También te quise. Mucho más de lo que te odié. Para tu consuelo, ahora solo ha quedado el *te quiero*, porque como ya

sabes, cuando la sombra se extingue junto al osario bajo la tierra, solo queda temblando en el pecho lo que fue bueno. Así permanecen grabados tus labios contra mi mejilla, y el sonido de tus pies a la salida del colegio y el calor de tu mano cogida a la mía, y tu olor a protección solar los días de playa y las manchas de colores en la punta de los dedos en las horas que dedicabas a dibujar conmigo.

3. Mi padre

¿Mamá, por qué no viene nunca mi padre a vernos? Te estuve preguntando hasta que alcancé los diez años. *Porque los osos no lo dejan*, contestabas tú. *Cuéntanos otra vez cuando vivías en el norte como los hippies*, te repetía.

Nos contabas que desde pequeño te decía que se casaría contigo y que planeaba raptarte en un barco y llevarte a una isla con un faro. Allí encenderías la luz cada noche, como una luna más en medio del océano. *Me llevó en tren al otro extremo de nuestro mapa. No atravesamos un mar de agua, sí de nubes*, nos solías contar con la mirada puesta al otro lado de la ventana, como si él estuviera afuera, como si aún esperases que entrara para besarte, con esa voz que ponen los tarados, inventando una figura que no existía pero que, dibujaste tan bien, que se adhirió a tu recuerdo como un lacre. Vivíais de un huerto y de hacer mochilas para una tienda de deportes. La hermana sí se acordaba de la nieve y de las montañas y de un oso que se acercó a la aldea a comer de la basura. Yo era muy pequeña y se me debió borrar todo. Cuando tenía tres años, vinimos al pueblo para ver a la tía R., tu hermana. Había estado muy enferma, casi muere. No fue la única vez. En su cerebro faltaban unas sustancias químicas que le quitaban las ganas de vivir. Cuando la tía se recuperó, volvimos a la aldea y nos quedamos un tiempo, no sé cuánto porque en la infancia los sucesos transcurren muy lentamente. Luego no supe qué ocurrió porque nunca nos lo contaste, pero el caso fue que nos marchamos de

las montañas para no volver. Llegamos al pueblo y nos instalamos en casa de la abuela. No veríamos más a mi padre. Mi hermana le escribía cartas y yo deslizaba dibujos en el sobre. Aún conservo las fotos del hombre joven que fue. Las tenías escondidas en un álbum pequeño en la caja de la costura. No te gustaba coser. Supongo que por eso estaban ahí. *Te pareces a tu padre*, me decías con una voz líquida que denotaba tu amor por él. *Tu padre era capaz de tumbar a un oso. Hizo la casa donde vivíamos y tenía la mejor chimenea de la aldea. No he conocido a nadie que haga las tortillas mejor que tu padre. Deberías intentar hacer bolsos de cuero, se te daría igual de bien que a él.*

A veces, yo pensaba en él. Lo imaginaba muy guapo, alto y musculoso, como un Hércules de Bandinelli. Recreaba un paisaje de nieve donde él llevaba un oso en brazos. Un día llegó una carta. No nos la leíste. Nos dejaste al cuidado de la abuela y estuviste lejos unas semanas. La abuela nos aleccionó durante tu ausencia: *Nunca dejéis los estudios. Hay que ser independientes. Que no os mantenga ningún hombre. Tenéis que estudiar una carrera para obtener un buen trabajo y, sobre todo, no os caséis.* Supongo que no quería que nos convirtiésemos en una réplica tuya. Desde que vinimos a vivir al pueblo no trabajabas en nada. Imagino que la abuela tenía dinero con el que mantenernos.

Durante el tiempo que estuviste fuera yo abrigué la ilusión de que volverías con mi padre. Quizás lo convencerías para que regresara al pueblo con nosotras. Aún poseía la casa de sus abuelos. Cada vez que pasábamos junto a la plaza de arriba, nos decías señalando a una de las calles empinadas que salían de una de sus esquinas: *Mirad, en esa casa nació tu padre.* No le quedaba familia. Sus padres habían muerto uno detrás de otro de una cosa mala, según tú, cuando él era pequeño. Quedó a cargo de sus abuelos que habían fallecido casi a la vez hacía poco. Recién llegadas al pueblo recuerdo que nos

llevaste de visita a esa casa para que conociéramos a nuestro bisabuelo que era el único que sobrevivía. Una noche soñé que mi padre entraba en mi dormitorio y me besaba, pero cuando iba a tomarme en sus brazos tú se lo impedías.

En el colegio, los compañeros de clase me preguntaban por él. No hay nada más morboso que un padre ausente. Al principio intentaron mortificarme fabricando historias de toda clase. La que más usaban era la del presidiario asesino, seguida de la del terrorista y prófugo de la ley. A los niños les encanta ese tipo de entretenimiento, pero solo si la víctima presenta claros síntomas de sufrimiento. Una vez le dije a uno que mi padre estaba preso porque había matado a tres hombres y que yo llevaba su instinto asesino en la sangre. Echó a correr y nunca más me molestó. Los demás también abandonaron pronto el juego, quizás por mi indiferencia o porque se corrió la voz de que era hija de un asesino.

Sin embargo, aquellos pasatiempos maliciosos dejaron sus huellas en mí. Más de una noche estuve en vela pensando que mi padre estaba en la cárcel. *¿Hermana, tú sabes dónde está papá?*, le preguntaba cuando me desvelaba. Me mandaba a dormir sin darme explicaciones.

Recuerdo el día que regresaste. Anocheceía, a pesar de ser temprano, el invierno estaba avanzado y emborronaba las horas que en verano fueron amarillas. También, de vez en cuando, sonaba un trueno. Luego empezó a llover sin consuelo. La hermana y yo andábamos con la abuela en la cocina haciendo masa de roscos. Escuchamos la puerta y no nos dio tiempo a ir hacia allí cuando tú estabas ya abrazándonos. Lloraste mucho al vernos. Me extrañó. El llanto no se separaba de ti, como una sombra de mediodía, metido en tu cuerpo con su temblor espasmódico. La abuela te acompañó a tu cuarto y, cuando regresó, nos dijo que estabas muy emocionada

por vernos después de tanto tiempo y que ibas a dormir. El cansancio del viaje fue la excusa. Por la noche, en la cama, la hermana me dijo: *Está triste porque papá ha muerto. Te lo has inventado. Tú no lo sabes*, le grité casi histérica. No me replicó. Tú no nos desvelaste lo que sucedió durante el tiempo que estuviste allí en las montañas junto a él, pero desde aquel día desapareció de nuestras vidas. Al poco tiempo, la abuela nos dijo que padre había fallecido. No hubo más cartas, ni más dibujos deslizados en un sobre. Solo quedó la historia mil veces repetida de cuando mi padre luchó contra un oso que bajó a comerse a un niño de la aldea.